

general, por ausencia de un espíritu dinámico que los anime, inflamando la curiosidad investigativa del educando. Este «Atlas de la Política Mundial», adoptado como complemento de los textos ordinarios de historia y geografía, de nuestros liceos, tendría la virtud de interesar vivamente al alumno por la realidad circundante, dándole la clave de los grandes problemas que en la actualidad conmueven a las naciones del orbe civilizado.—RAMON ZÚÑIGA ESPARZA.



LA PAMPA TRÁGICA, por *Víctor Domingo Silva*.

Aumentada con algunos cuentos y con una pieza teatral, también de ambiente pampino, y precedida de un prólogo del autor, aparece esta segunda edición del único libro chileno de creación dedicado en su totalidad a escenas, tipos y paisajes de la región del salitre. Baldomero Lillo reunió datos, y entendemos que alcanzó a trazar algunas páginas de una novela ubicada en el mismo punto, pero tal proyecto fué obstruido por una enfermedad grave, precursora de la muerte. Ernesto Montenegro también anduvo en el norte recogiendo impresiones con el mismo designio, y en Buenos Aires debe hallarse entregado a la tarea constructora o de pulimiento

Víctor Domingo Silva empieza ahora por encararse a los que tuvieron, para la primera edición, frases de menoscabo o reproche:

«Para satisfacción del editor y fastidio de muchos de mis estimados compañeros, la tirada se agotó en poco tiempo, a pesar de que lo que en Chile llamamos crítica, la que fué a *La Pampa Trágica* tan poco favorable como ha solidó serlo para la mayoría de mis obras. Porque es singular lo que en este punto viene sucediéndome: que a la actitud a menudo despectiva o neg-

tiva de los señores que ejercen la crítica responde el público, buscando mis libros y leyéndolos».

Es interesante el problema que plantea aquí Víctor Domingo. Es lo frecuente, en realidad, (las excepciones son muy escasas) que los críticos de profesión y el gran público que lee marchen en perfecta discrepancia: libros enteramente negados por los jueces literarios, circulan mucho; y, al revés, aquéllos sobre los cuales cayó una lluvia de elogios suelen yacer mosqueados en las librerías. Es que hay dos clases de gustos: el refinado y el vulgar. Entretanto, como lo apunta nuestro escritor, todos se mueren por la misma gloria de ser conocidos por el mayor número. Y algunos prefieren contentar a la mayoría, como Lope de Vega, que confesaba «escribir en necio» con ese propósito.

Nos aboca a continuación a un segundo problema: el del estilo:

«... yo quiero responder ahora a tales reproches, no con la fácil excusa de que mis cuentos fueron escritos *cálamo corriente*, sino afirmando mi intención precisa de reaccionar contra el «pastiche» preconizado por la escolástica secular, contra ese falso y anacrónico casticismo de pega que me parece abominable por retardatario, y anquilosante. Sin abusar del folklorismo, me propuse—y perdón si pequé de ambicioso—dar alguna vez valor literario a la expresión auténtica de nuestro pueblo, a nuestros giros genuinos, fiel al modelo que tenía ante los ojos, y prefiriendo parecer duro y desaliñado al paladar de la crítica antes que presentar a nuestros pampinos con disfraz de chulos y de señoritos».

A nuestro modo de ver, Víctor Domingo Silva exagera un poco. No hay que irse a los extremos. Digno de toda condenación es, sin duda, el estilo alambicado o pulcro, digamos preciosista, sobre todo si es un calco de otro europeo, pero tampoco conviene quedarse simplemente con aquel lenguaje que se usa en los periódicos, aunque esto sea lo que más agrade

al noventa por ciento de los lectores. «Ni muy adentro que te quemes ni muy afuera que te hieles» apunta un refrán muy sabio. Al fin y al cabo lo mejor es lo más sencillo y eso es lo que nuestro autor ha buscado y como esto es precisamente lo más difícil, aunque las apariencias digan lo contrario, no llegó a lo que se proponía, por esa misma razón que explica al comienzo: lo de escribir «de carrera», sin tiempo para muchos retoques. Y nada hay más pegadizo que la fraseología hecha, por lo mismo que cada mañana nos llega enredada con las noticias. Luchar contra el lugar común es tarea dilatoria.

Pero, ¿por qué el principal mérito de un libro ha de residir en su ropaje? ¡Cuántas filigranas que encierran el vacío y que no resisten al tiempo! Lo que más dura es precisamente eso que se halla detrás de la cáscara, siempre que circule por allí la vida con sus meandros y sus misterios. Una simple sensación de belleza no basta; menester es sentirnos heridos en lo profundo. Víctor Domingo Silva nos transmite un fiel reflejo de la vida miserable que se lleva o se llevaba en las mal llamadas «oficinas» salitreras, y nos hace desfilas gentes de todas condiciones, desde el administrador que suele cometer injusticias hasta el barretero de no recomendables costumbres.

Un crítico, según el prólogo, lo censuró porque «no había tratado y descrito seres humanos, sino monstruos y bestias salvajes». Acusación que no se apoya en muy firmes sostenes, porque por poco que avancemos en la lectura nos hallamos con tipos de muy diversa índole y con escenas de muy distinto carácter, y pasamos de la tragedia a la ironía o a la ternura. Al lado de «La ruleta mágica», con que se inicia la serie, y en que el protagonista es un ser deforme, está «El gancho», historia más bien amable, en que hay ironía y romanticismo. Y a poco andar tropezamos con «Pat'e cabra», cuento en que la emoción penetra en carne viva. Luego viene «El cerco», graciosa aventura galante. Uno de los relatos, «Empampado».

se basa en un hecho efectivo, y que mucho comentó la prensa del norte y también la de Santiago.

Lo que suele ocurrir es que se juzga a los libros por la impresión que dejan las primeras páginas. Y se comprende: un crítico profesional carece de tiempo para leérselo todo; luego, si el comienzo le disgusta, por una razón cualquiera, pierde el ánimo para seguir adelante, y el dictamen cae precisamente sobre lo más débil. El crítico viene a ser así el juez que diera su fallo basado en las primeras hojas del expediente.

Por lo demás, las equivocaciones de la crítica que dicen oficial llegan a veces a lo cómico. Las de Sainte-Beuve, tenido por el príncipe de los críticos, son clásicas.

Víctor Domingo Silva, que lleva en su interior al Judío Errante, ha carecido de las horas necesarias para pulir su pluma, y ha entregado los tesoros que recogió en sus vagabundeos por la pampa, no envueltos en papel de seda, sino en papel de diarios, y los hombres pulcros han torcido la nariz en vista de la envoltura. No han querido ver cuánta emoción, cuánta vida intensa vibra en estas páginas trazadas con el lenguaje cotidiano, y se han negado a reconocerles un mérito positivo.

Pero la gran mayoría de los que leen buscan la nuez y desprecian la cáscara. El poeta-comediógrafo-novelistas los siente junto a su corazón y se consuela, y dentro de esa atmósfera de popularidad, su prólogo es como un desafío.—JANUARIO ESPINOSA.



EL COLERA AZUL, por *Ramón Gómez de la Serna*

Ramón es el escritor del que no se sabrá nunca cual es su obra maestra. Es tan sostenida su avalancha literaria, que puede adivinarse cierto frenesí en el escritor, alguna desesperada ansia de creación.